

## AGENDA CIUDADANA

### EL ORGULLO DE LAS NACIONES

Lorenzo Meyer

**Una Necesidad.-** El profesor Richard Rorty sostiene que el orgullo nacional es a los países lo que la autoestima a los individuos: la condición necesaria para superarse (Achieving our Country, Harvard, 1998). Sin embargo, en éste como en muchos otros campos, el exceso es tan malo como la escasez. Quizá Estados Unidos sea un ejemplo de orgullo nacional en demasía pero México puede servir como un ejemplo de lo contrario: un país donde ese elemento tan intangible como necesario es insuficiente para desarrollar a plenitud las potencialidades nacionales.

El orgullo es un sentimiento de satisfacción que se deriva de algo que se tiene o se ha logrado. A nivel nacional, es un estado de ánimo colectivo que surge de los logros históricos de la comunidad. No obstante derrotas, fracasos, traiciones y sacrificios desproporcionados, los mexicanos recibimos y aceptamos una visión de nuestra historia nacional que para la mayoría es una fuente razonable de orgullo colectivo. Sin embargo, en relación al presente hay problemas. En efecto, el sentimiento de inconformidad y carencia que hoy se detecta en México no se refiere únicamente al atraso económico y al bajo nivel de vida de una parte mayoritaria de la población, sino también, y sobre todo, al entramado institucional en el que se desenvuelve nuestra vida colectiva, ese que determina, en la vida real, nuestros derechos y obligaciones. Ningún mexicano con un sentido normal de lo que es justo e injusto, de lo que está bien y esta mal, puede desarrollar, en relación al actual sistema político, un legítimo orgullo y confianza en el futuro. Tampoco son motivo de orgullo y

confianza las instituciones encargadas de procurar e impartir justicia, el servicio público, el sistema educativo, el financiero, etcétera.

Examinando la satisfacción de los mexicanos con los "logros alcanzados como nación", es decir, con los éxitos como sociedad en relación a otras, y siempre según las encuestas de Enrique Alduncin, resulta que en 1981 el 45% de los encuestados en una muestra representativa dijeron sentirse satisfechos o muy satisfechos. Pero seis años más tarde, en 1995, únicamente el 24% mantuvo esa opinión positiva, en tanto que aquellos que estaban poco o nada satisfechos, pasaron del 48% a más del 70% de la muestra (Banamez-Accival, México social, 1994-1995, Banamex, 1996, p.662).

**La Etapa Final.**- La insatisfacción con el comportamiento de las instituciones y la vida pública aumenta conforme toda una forma de concebir el papel de los gobernantes y de los gobernados entra en una crisis resultado de su agotamiento. Y no se trata simplemente de la reacción al hecho de que algunas de las tareas que son responsabilidad de las autoridades públicas se hagan hoy peor que antes —el mantenimiento de la seguridad o la protección del medio ambiente, para citar dos ejemplos conspicuos— sino que la cultura cívica mexicana ha cambiado, se ha vuelto más exigente —reflejo, en buena medida, de un aumento en los niveles de educación, urbanización y comunicación y la mayor influencia del entorno internacional, donde la democratización ha hecho avances notables— y por tanto tolera menos la ineptitud, la injusticia y, sobre todo, la corrupción, prepotencia e irresponsabilidad de su clase política.

Pero hay algo más que simplemente mayores estándares y exigencias de la sociedad. La crispación de la vida pública también se debe a que hoy la población tiene

más información de los lados oscuros del régimen. Información que confirma la necesidad de lograr un cambio cualitativo del régimen político. La relativa conformidad de los mexicanos con sus gobernantes e instituciones en el período clásico del presidencialismo mexicano —ese que va de la segunda postguerra a los inicios de los años sesenta— estaba basada tanto en el funcionamiento más o menos aceptable de la red institucional del partido de Estado como en la falta de alternativas y en el poco conocimiento que el ciudadano promedio tenía sobre el modus operandi de su propio sistema de poder y de las alternativas.

Hoy, cuando el control presidencial sobre la información política se está perdiendo, empieza a ocurrir en México algo similar a lo que ya sucedió en gran escala en la antigua Unión Soviética y en la Europa del Este: se están abriendo los closets y están apareciendo los esqueletos tanto tiempo ocultos. Entre nosotros el antiguo régimen aún sobrevive y sigue luchando por mantener cerrados sus archivos y por controlar y distorsionar la información sobre sus acciones, pero ya no tiene la fuerza que una vez tuvo para mantener sus secretos. Y en la medida en que avance la descomposición del presidencialismo autoritario, más episodios de su historia íntima se harán públicos. Y esa es justamente una de las razones por las cuales los “duros” del régimen, como son los miembros del “sindicato de gobernadores” priístas del sur, se muestran dispuestos a dar la batalla para que el régimen no cambie su naturaleza íntima y el destino no los alcance.

**Los Papeles de Nexos.**- En el número correspondiente a junio, la revista Nexos está dedicada a lo que sus editores llamaron “Archivos de Bucareli”, es decir, una serie de informes confidenciales provenientes de los archivos de la antigua Dirección Federal

de Seguridad (DFS) de la Secretaría de Gobernación, que era la policía política del régimen hasta que el presidente Miguel de la Madrid se vio obligado a disolverla porque el narcotráfico la había penetrado y la había convertido en un peligro para el propio régimen. De acuerdo a los editores de Nexos, los documentos que ahora publican llegaron anónimamente a mediados de los ochenta —justamente cuando desapareció la DFS— y ellos los guardaron por tres lustros, pero finalmente decidieron publicarlos para hacerlos parte del “contexto del clamor público, para que sean abiertos los archivos de 1968”. Sea como fuere, en otros países —en los democráticos— todos los documentos confidenciales son abiertos a examen cuando llega la fecha en que la ley manda que sean hechos públicos; en un sistema como el nuestro, en cambio, sólo salen a la luz como resultado de una fractura interna de la élite política. Así, estos “secretos de Estado” los conocemos no como resultado de un derecho sino de una infidencia.

Probablemente quien extrajo de la obscuridad de los archivos de la policía política estos 25 documentos fechados entre 1964 y 1972 y los dio a la revista, lo hizo por un motivo nada altruista: poner en evidencia a una persona o grupo. En las circunstancias actuales, ese personaje o grupo no puede ser ya el de Gustavo Díaz Ordaz —muerto, el personaje sólo interesa a los historiadores--, sino alguien vivo y que pretende tener un juego político propio: Luis Echeverría y los suyos. Si ese era el objetivo, se logró a medias, pues es difícil que los documentos en cuestión aumenten de manera sustantiva el desprestigio que ya carga sobre sus hombros el echeverriísmo. Sin embargo, no hay que descartar la posibilidad que las cartas e informes de Nexos sean sólo una muestra de otros más importantes y que podrían ser

hechos públicos en caso que la advertencia contenida en estas dos docenas no sea tomada en cuenta. Sin embargo, a los que estamos fuera del círculo del poder nos debe de tener sin cuidado si lo publicado es o no parte de la guerra sucia de una élite dividida y en decadencia. Para nosotros, lo importante es que esos papeles muestran la naturaleza íntima de un sistema que aún no ha muerto y donde existe la posibilidad de que el último responsable de la DFS, Manuel Bartlett, sea el candidato del prisma duro a la presidencia en el año 2000 o al menos influya en el proceso.

**Halcones.**- La parte más reveladora de los documentos de Nexos se refiere a un grupo paramilitar, organizado en secreto por el gobierno y relacionado pero al margen de las instituciones donde se supone que reside la violencia legítima del Estado --la policía y el ejército--: los "Halcones". Como se sabe, la aparición pública de ese agrupamiento tuvo lugar el 10 de junio de 1971, cuando la policía les abrió paso para que reprimieran y asesinaran incluso, a los estudiantes que habían organizado una manifestación de protesta que había salido del casco de Santo Tomas esa trágica tarde del jueves de corpus. Un Echeverría que en televisión fingía indignación por lo ocurrido, prometió investigar la tragedia y lo único que hizo fue destituir al jefe del Departamento del Distrito Federal --Alfonso Martínez Domínguez--, un mero chivo expiatorio. Los documentos de la DFS dejan perfectamente claro que el cuerpo de "Halcones" era conocido por Echeverría desde, por lo menos, el 25 de septiembre de 1969. Cuando al entonces secretario de Gobernación se le informó de la existencia del grupo, éstos eran 1500, estaban encuadrados en el Departamento del Distrito Federal y recibían entrenamiento especial y un sueldo de 70 pesos diarios, es decir, poco más de seis dólares.

De otros documento de 1972 –las pequeñas biografías de Víctor Manuel Flores (a) “El Coreano” y Leopoldo Muñoz Rojas (a) “El Gulligan”, uno ex marino y el otro ex soldado y ambos expertos en artes marciales-- se desprende que la acción de los “Halcones” ese 10 de junio fue un operativo de Estado planeado por autoridades civiles y militares. Desde luego los estudiantes no tuvieron la menor oportunidad frente a expertos en el uso de armas y artes marciales –“El Guilligan” fue enviado a Japón para ser entrenado por la policía antidisturbios de ese país-- y la acción que se llevó a cabo en su contra con el conocimiento de Echeverría, fue un asesinato con premeditación, alevosía y ventaja, cometido por un grupo organizado por el propio gobierno al margen de la ley. De la documentación también se desprende que al quedar disueltos los “Halcones”, y desempleados sus integrantes, varios de ellos simplemente se asociaron para asaltar a mano armada tiendas, gasolineras, talleres, restaurantes, bancos e incluso a un reten del ejército en Tecamachalco para hacerse de más armas. En el curso de sus tropelías llegaron al asesinato, justo como lo había hecho el 10 de junio del 71. Todo suena como el modesto principio de la ola criminal que hoy ahoga a todo el país.

**Chiapas.-** Lo que nos dice aquí y ahora la historia de los “Halcones” tiene que ver menos con Echeverría y más con la naturaleza íntima del régimen. Los herederos de los “Halcones” son, entre otros, los “chinchulines” y demás organizaciones paramilitares que el Estado empezó a organizar en Chiapas desde 1994 para que hicieran un trabajo sucio que no convenía que fuera hecho por el ejército o la policía. Se debe recordar aquí que en otros documentos confidenciales filtrados a la prensa – los de la Secretaría de Defensa que aparecieron en Proceso— se muestra que desde

1994 se planteó la creación de organizaciones paramilitares para enfrentar a los simpatizantes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). “Halcones” y “Chinchulines” tienen como meta hacer el trabajo sucio de represión para evitar que el desprestigio que ese tipo de acciones caiga sobre las fuerzas armadas y el gobierno, tal y como sucedió con la matanza del 2 de octubre del 68 o con los insurgentes prisioneros asesinados en Ocosingo en enero del 94. La acción cumbre de los “Halcones” fue el recordado 10 de julio del ‘71 y la de los paramilitares chiapanecos el 22 de septiembre de 1997 en Acteal. Para los “Halcones” la primera acción fue también la última, pues se desgastaron de inmediato —eran un grupo de “útese y tírese”— y luego se dedicaron al crimen por su cuenta; los “Chinchulines” *et al*, quizá sigan aún sin desbandarse, pero después del escándalo nacional e internacional por lo ocurrido en Acteal, ya no se les pudo utilizar ahora en “Los Plátanos”, Unión Progreso y Chavajeval; ahí el ejército tuvo que emplearse a fondo de nuevo cuando la policía local —fuerte en varios cientos-- simplemente resultó inútil para responder el fuego de un puñado de bases zapatistas que resistieron la incursión que supuestamente iba a hacer cumplir órdenes de aprehensión pero que finalmente tomó prisioneros a personas para las que no había esas ordenes.

Los documentos de Nexos también nos hablan de gobernadores que artificialmente crean problemas para hacerse indispensables al centro —Práxedes Giner Durán, de Chihuahua--, de jefes de partidos de “oposición” (Juan Barragán, del PARM) que piden instrucciones al gobierno sobre que deben declarar, directores de periódicos (Gabriel Alarcón de “El Herald”) que informan al presidente de lo bien que les ha “orientado” el secretario de Gobernación (Echeverría), espionaje telefónico ilegal,

supuestos disidentes que en realidad están a sueldo –y buen sueldo-- del secretario de Gobernación, líderes opositores (Socrates A. Campus Lemus) que ofrecen sus servicios al gobierno, etcétera.

Aunque debilitado, el régimen actual se pinta a si mismo en sus propios documentos. Y lo que ocurre hoy –Fobaproa, “El Divino”, “El Charco”, Chiapas— simplemente confirma que lo que fue, aún sigue siendo. Imposible tener eso como fuente de orgullo nacional. Para recuperar la autoestima como país, México necesita dar vuelta a esta larga y triste página de su historia y empezar a escribir en otra, limpia, algo muy diferente. La viabilidad del país requiere de un nuevo régimen, así de sencillo...y de difícil.